

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

AGOSTO. NÚM. 26 GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 187

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco centimes de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Aldovrandus Magnus, por E. B.—A la flor mas humilde, poesía, por Francisco Morán Lopez.—La pendiente del abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Sección doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

ALDOVRANDUS MAGNUS.

(Conclusion.)

Aldovrando, á pesar de su amor, se puso á pintar con ardor. Principió para el altar mayor de la catedral de Praga, un cuadro maravilloso de ejecucion que representaba á Moisés y la zarza ardiendo: las llamas estaban reproducidas con tanta verdad que la hija del príncipe, la niña Fernanda-Juana-María, cuando vió el cuadro gritó echándose sobre las piernas de su madre:

—Oh! no quiero tocar esa zarza por que me quemaré los dedos.

A estas palabras debió su fortuna el cuadro; porque por insignificante que fuese la opinion de un niño en materia de pintura, ha quedado

como un hecho histórico y ha llegado hasta nosotros.

Poco tiempo despues de este suceso, una enfermedad rápida y mortal arrebató á la princesa en muy pocas horas. Su pérdida puso en la mayor desolacion á toda la corte de Praga, y Aldovrando resolvió pintar el apoteosis del ángel llamado al cielo. En este cuadro representó el paraíso abierto, y mostro á la Virgen María con manto azul, hollando con los piés, segun la tradicion artística de la época, á la serpiente origen del mal. Mercurio, con sus alas en los talones y el caduceo en la mano, recibia de la ciudad de Praga á la régia niña y la presentaba á la madre del Salvador. Fernanda-Juana María se elevaba en los aires, vestida con una túnica amarilla, cuyos pliegues ondeaban con una ligereza y verdad maravillosas. La parte superior de la composicion estaba ocupada por santos y santas católicos, mezclados condioses y diosas de la mitología. En la parte inferior se elevaban campos, edificios, florestas y praderas pobladas de ninfas, mujeres, nereidas con sus trajes simbólicos. Jamás igualó nada en éxito á esa mezcla de sagrado y de profano, muy en voga al principio del siglo XV. Aldovrando recibió del duque de Podebrac una bolsa con mil rixdales, una cadena de oro de igual valor y el retrato del príncipe.

Animado con tantas liberalidades pintó toda-

via en Bohemia la *torre de Babel*, la *mujer del Loth*, un retrato de la *Duquesa de Bohemia* y dos países de muchísimo mérito. Orgullosa Podebrac con poseer en la corte tan gran artista, le dió varias condecoraciones y lo casó con una viuda joven de rara hermosura, de la primera nobleza, y de una fortuna considerable, la condesa Juana Jablinowski. Celebráronse las bodas á la luz de las antorchas en los jardines del rey, y nadie puede figurarse el alborozo y satisfaccion de Margarita al ver á su hijo rodeado de tanta gloria y de tanta felicidad.

Poco tiempo despues de su casamiento, Aldovrando mandó construir un palacio magnífico, y no tardó en ver acudir á él de todas partes discípulos que iban á consultarle los secretos de su arte. Entre los mas célebres se cita á Andrés Guelph y Ob de Basan: sus rápidos progresos y la dulzura de su carácter agradaban tanto á Aldovrando que decia de ellos: «si hubiesen vivido en tiempo del diluvio, Noé no hubiera podido negarles ser de su compañía en el arca».

Veinte y un año despues de la desaparicion misteriosa de su amigo Adriano Boyers, Antonio Aldovrando, Memlink y Margarita llegaron á Vitoria á tiempo que se ponía el sol. Venian de Praga á la ciudad española, cediendo á las vivas instancias de Carlos V, que queria confiar trabajos de la mayor importancia á los dos célebres artistas. Estas propuestas del emperador habian tenido por intérprete, primero una cédula escrita por la mano del monarca mismo, despues muchas cartas firmadas por el cardenal arzobispo de Tortosa, ministro y gobernador del reino de España. Los viajeros que se habian apeado en el palacio que la hospitalidad del príncipe de la iglesia les habia designado como morada, pensaban descansar de las muchas malas noches pasadas en el coche y no presentarse al ministro hasta el dia siguiente, cuando un page de este último vino á suplicarles en nombre de su señor que inmediatamente pasáran á verle. Sorprendidos con esta inesperada peticion, se dispusieron en el acto á obedecer, aunque sin llevar consigo á Margarita; pero el page les replicó que las órdenes que habia recibido comprendian igualmente á la madre de Aldovrando. Partieron, pues, los tres en las literas que los esperaban y se dirigieron á palacio.

El page que les servia de guia, los introdujo en un salon, decorado con una suntuosidad verdaderamente régia, en el que hallaron al cardenal gobernador, vestido de púrpura y cubierta la cabeza con el sombrero rojo. Muchos altos personajes, entre los que se notaban D. Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, y el con-

destable D. Íñigo Velasco, conversaban con él de los negocios del estado, y le referian la grande y gloriosa victoria que acababan de alcanzar en los campos de Villalar y que habia dado el último golpe á los facciosos reunidos bajo el nombre de *miembros de la santa liga*. El cardenal, asombrado de aquel favor inesperado de la fortuna, prorumpió en las exclamaciones mas alegres y entusiastas, se arrodillaba delante de una imagen de la Virgen y volvía á levantarse para dar nuevos gritos de júbilo.

—Ah! han sido vencidos! exclamó. Nada tenemos ya que temer de ellos. Sois unos grandes y hábiles militares, señores. Su majestad, nuestro imperial señor, os recompensará como mereceis. Quien hubiera podido preveer un desenlace tan feliz, á esta guerra en que los rebeldes habian llevado siempre la mayor parte?... Porque en efecto ¿no me citaron hace algunos meses en Valladolid? No me fué preciso huir de aquella ciudad, de noche, á pié, y llegar como pude á Rio Seco? No me han obligado á escribirles una carta algo humillante antes de volverme mis muebles y mis bagajes que abandoné en su poder? En fin, ya están vencidos! Ya están vencidos para siempre.

—Sí, monseñor, vuestra habilidad ha sabido triunfar de la santa liga, interrumpió D. Fadrique Enriquez.

—Mi habilidad! No me digais lisonjas en que no pensais y de las que no creo una palabra señor almirante. No he sido yo, pobre eclesiástico, lanzado por la voluntad del emperador en los negocios públicos, de que nada entiendo, no he sido yo quien ha vencido á los rebeldes sino vos y el condestable don Íñigo.

—Al menos á vos toca decidir de la suerte de los vencidos y de los prisioneros, replicó el condestable. Qué nos mandais que hagamos de ellos? ¿El cadalso no debe ver caer las cabezas de los jefes, y la prision y el destierro poner á los demás en la imposibilidad de turbar en lo sucesivo el reposo de España?

—El cadalso? el destierro? la prision? Nada de eso, señores. No están vencidos? Pues misericordia con ellos. Que se pongan en libertad á los prisioneros para que vuelvan á sus casas.

—Pero eso será principiar de nuevo la guerra civil. Libres é impunes, volverán á tomar las armas y será menester batirlos otra vez. ¿Sereis entonces tan feliz como lo habeis sido?

El cardenal lo miró con aire consternado.

—No hableis de mí como si hubiese sido el autor de vuestras victorias. Como yo, sabeis muy bien que ninguna parte he tenido en ellas. Ah! porqué el emperador mi señor se obstina en que

yo sea ministro! Pues bien; guardad vuestros prisioneros, pero nada de cadalsos. Voy á escribir al emperador, y el glorioso Carlos V decidirá de la suerte de los vencidos. Ahora dejadme; porque quieren habladme esos ilustres pintores que estan ahí esperando, ya sabeis que el emperador mi señor honra y quiere que honremos como él á los pintores y á los artistas.

El cardenal despidió con un saludo al almirante y al condestable. En seguida se llegó donde estaba Margarita y sus dos compañeros, que habian permanecido respetuosamente retirados, mientras que el cardenal acababa de hablar con D. Fadrique Enriquez y D. Íñigo Velasco.

El príncipe de la iglesia apenas podia disimular su alegría; se cruzó de brazos y miró de hito en hito á Margarita.

—La España y el emperador mi señor se honran al recibir á pintores tan célebres como vosotros, principió á decir.

Pero de repente abandonó el disimulo, se puso á llorar como un niño y se arrojó en los brazos de Memlinck.

No conocéis ya al pobre Adriano, á quien la señora Margarita impidió que muriera de hambre al pié de un árbol? Mas si vuestros ojos no me han reconocido, vuestro corazon al menos no os dice que es un amigo el que teneis delante? Ah! sí, yo soy, yo Adriano Boyers, yo el hijo de un carpintero. ¡Ay! sí, hijos míos, soy arzobispo, cardenal, gobernador de las Españas! He sido capellan mayor de la reina Juana-la-Loca, despues embajador, luego regente del reino. Si! yo que me he perdido en las calles de Gante por mi demasiada torpeza en hallar la casa donde debia vivir con vosotros, yo que no sabia ganarme el pan, y hubiera muerto de hambre sin vuestra caridad; se empeñaron en que gobernara la España con el cardenal Jimenez, el mas hábil diplomático del universo. Continuamente se reia de mi simplicidad y me hacía firmar todos los documentos peligrosos: esto me ha valido la reputacion de gobernador atrevido, de hombre audaz, á mí, hijos míos, á mí que me conocéis tambien! Ademas Carlos V no ha querido creer en mi ignorancia y en mi debilidad que le he confesado cien veces. Todo cuanto bueno hacen los que me rodean, se me atribuye á mí, pero si sucede algo malo, entonces la culpa es suya. ¡Tan gloriosa é irrevocablemente está establecida mi reputacion de hábil y previsor! Esos dos señores que han salido de aquí, acaban de obtener una gran victoria..... Y yo hasta ignoraba que se hubiese dado la batalla. Pues bien! Han tenido valor para venir á decirme que la gloria de haber terminado la guerra civil me

pertenece. He aquí lo que es la corte, hijos míos. Asi es que no he gozado un dia, una hora de felicidad desde que la voluntad de Dios me separó de vosotros!.... Pero al fin nos vemos otra vez... Abrazadme, ya lo veis, lloro de alegría, oh! cuantas veces he pedido á Dios por que llegase este feliz momento, por que no ha estado en mis manos realizar este deseo, Mientras vivió el duque Felipe, tuve que ocultar mi nombre á todos: despues fuí llamado á gobernar la España, y este pesado cargo no deja tiempo ni libertad.... Bendito sea Dios! ya no moriré sin haber tenido el gusto de veros y abrazaros.

Hallábanse aun los cuatro entregados á sus recuerdos, con la voz conmovida, el corazon palpitante, el alma llena de alegría y de ternura, cuando de repente un hombre, jóven todavia, pero de continente grave y severo, entró en la sala. Á su vista el cardenal lanzó un grito de sorpresa y se arrodilló.

—Oh! mi señor, sois vos á quien veo! Dios quiere darme todas las felicidades hoy, pues que me concede el gusto de ver á vuestra majestad y á unos amigos míos que en otro tiempo aliviaron mi pobreza.

El emperador Carlos V recibió con bondad las palabras de afecto de Adriano, y volvióse á Memlinck y á Antonio Aldovrando.

—El cardenal me ha hablado frecuentemente de vosotros, y aun en mi infancia hice una composicion latina cuyo asunto era vuestra beneficencia. Os acordais de ella mi amado preceptor? Sed bien venidos á mi corte, en ella recibireis de mí la hospitalidad, por que el cardenal va á separarse de vosotros y de mí.

—Separarme de vos y de ellos! exclamó dolorosamente Adriano.

—Sí, mi fiel amigo, mi hábil servidor; la España á quien acabais de dar la paz, anonadando por medio de combinaciones arriesgadas y sublimes la faccion fatal de la Santa liga, la España va á verse privada de vuestros útiles servicios, pero estos servicios los prestareis al mundo católico. Y al pronunciar esta palabras, Carlos V levantó al cardenal que permanecia arrodillado, se arrodilló él entonces y dijo con respetuosa solemnidad.

—Sucesor del papa Leon X, Adriano VI, muy santo padre, bendecid al emperador católico, por que el sacro colegio acaba de concederos la tiara.

—Oh! esto es un sueño! un sueño horroroso! yo papa! No es posible! á tanto habia de llegar mi desgracia! No sabeis, señor, que yo no soy mas que un pobre hombre, sin talento para los negocios, débil, tímido?....

—Bien sabeis el caso que siempre he hecho de

esa modestia exajerada, replicó el emperador. Cuando mil hechos no probasen vuestra habilidad, la derrota de la Santa liga bastaria para ponerla en evidencia. Vuestra santidad partirá mañana á Roma.

Adriano derramó esta vez lágrimas amargas: besó respetuosamente la mano del emperador, y al retirarse este se volvió á sus amigos que estaban prostrados humildemente delante del nuevo soberano pontífice.

—Todavía no soy papa, hijos míos; dejadme vivir el resto de esta noche con vosotros, libre, sin aparato, como vivíamos en Dammé. Mañana seré papa, hoy quiero ser Adriano Boyers.

Al decir esto dió el brazo á Margarita y los cuatro fueron á tomar asiento á la mesa, sobre la cual Adriano habia mandado disponer la cena. Despidió á los escuderos y prohibió que nadie entrase. Tomando en seguida un gran pan y un cuchillo.

—Vamos, dijo, quien quiere pan? Os acordais que tenia este encargo en nuestro dulce retiro de Dammé?

Una lágrima, pero feliz, pero escitada por los recuerdos de lo pasado, corrió por las mejillas del nuevo papa. Despues se puso á repartir pan y distribuyó rebanadas á sus tres convidados.

CAPÍTULO ÚLTIMO.

DONDE EL NOVELISTA

DEJA HABLAR AL HISTORIADOR.

Al dia siguiente, el papa Adriano VI partió con gran pompa para Roma, á donde fué á ceñir la tiara. Se sabe que murió al año de pontificado, y que su vida fué sencilla y frugal.

Por lo que hace á Memlinck y Antonio Aldovrando, volvieron á Prega colmados de los favores de Carlos V, y hasta un año despues no vino la muerte á separar al maestro del discípulo. He aquí como M. Bekfors, historiador inglés, refiere la muerte de estos dos pintores. El duque de Bohemia, Jorer de Podebrac, quiso celebrar con un espléndido banquete la vuelta de los dos favoritos. Aquella fiesta fué desgraciadamente interrumpida por la muerte repentina de Memlinck, que hacia tiempo estaba acometido de un apeti-

to voraz que le hacia engullir con una rapidez asombrosa cuanto se le ponía delante. Habíanle servido un sollo monstruoso que no bien hubo dejado en esqueleto, cuando sintiendo un frio mortal, llamó á su querido Aldovrando, le apretó la mano y espiró. Aldovrando vivió largos y felices años que fueron embellecidos por el nacimiento de cuatro hijos, á quienes Jorge dió carta de nobleza. Al fin cansada la fortuna de prodigar sus favores al pintor, oscureció la tarde su vida con un infortunio imprevisto. Como trabajaba dia y noche con sus discípulos en una série de cuadros que debían representar toda la historia de los godos y vándalos, el lienzo principió á escasear, y Fernando, condolido por las lamentaciones de su favorito convocó un consejo solemne y le mandó que asistiera á él con Andrés Gueph y Og de Basan que llevaron el croquis de la gran obra histórica. Reúnese el consejo, Podebrac sube á su trono: las trompetas suenan, los pintores llegan y esponen sus obras á la admiracion de la augusta asamblea, que á una voz confiere á Aldovrando el título de *Magnus*. En seguida se ocuparon del objeto de la convocacion y votaron un subsidio para cañamazo.

Muchos miembros de la nobleza se distinguieron por sus elegantes discursos, y su alteza publicó una proclama en la que declaraba culpable de alta traicion á cualquiera de sus fieles súbditos que ocultase ó enajenase todo rollo ó paquete de cañamazo en el interior de sus estados, impidiendo ó perjudicando por este medio la coleccion que el muy noble y poderoso caballero Aldovrandus Magnus estaba por real autorizacion encargado de hacer. Pronto se vieron llegar de todas partes los carros y carretones que llevaban al palacio de Aldovrando el tributo de cañamazo. Pero trasportado de reconocimiento é inflamado por ese entusiasmo al que debemos tantas obras admirables, resolvió sobrepujar á sus obras maestras reproduciendo en el lienzo el asunto del príncipe Dahomire, que el año 1021 fué sepultado por un terremoto en el sitio mismo donde hoy se eleva el palacio de Radzen. Animado por tan glorioso asunto pedía en alta voz cañamazo: pero en lugar de cañamazo sus discípulos con la barba y las cejas abrasadas le llevaron la triste nueva del incendio de su almacen, donde el fuego no habia perdonado ni un pedazo de lienzo. Que desgracia para un génio que tocaba al apogeo de su gloria! un parasismo de dolor fué el fatal resultado y gritando sin cesar: Dahomire cañamazo! san Lucas!» Aldovrandus Magnus espiró. No hubo en Praga una persona que no sintiese su muerte. ¡! ue gimió, los cortesanos lloraron, sus dis-

cipulos pintaron la catástrofe, el pueblo vistió luto, la universidad compuso epitafios y el profesor Clod Lumpewitz aventajó á todos. Su obra ha sobrevivido felizmente al naufragio del tiempo y nosotros tenemos el placer de poder recordarla á nuestros lectores.

ENRIQUE BERTHOUD.

Á LA FLOR MAS HUMILDE.

Siempre los falsos placeres
Fueron gérmen de dolores.

Miguel Requejo.

Dime violeta querida,
La mas gentil de las flores,
¿Cómo vives escondida
Y en el vergel presumida
nunca ostentas tus colores?

¿Por qué vives, flor temprana,
Exhalando el rico aroma
De la vida en la mañana,
Como tímida paloma
Que en ocultarse se afana?

Tú en ignorado parage
Esquivas, por tu virtud,
Que de la aurora el mensaje
Llegue con su hermosa luz
Á rendirte vasallage.

Tú doblas la casta frente
Del aura el beso evitando;
Y te busca inútilmente
Por bañarte en su corriente
El arroyo murmurando;

Y es tal tu modestia, viola,
Que negando el ver tus galas,
Dejas marchar triste y sola
La abeja que abrió sus alas
Para buscar tu corola.

Mas aunque virtud discreta
Te distinga de otras flores,

Saber quisiera el poeta
Si eras tú feliz, violeta,
Sin luz, ni abeja, ni amores.

Si entre el césped opulento,
De esmeraldas y rocío
No te dá celos el viento,
Que con amoroso aliento
Riza las ondas del rio

Y por qué, viola querida,
La mas gentil de las flores,
Tu belleza oscurecida
Nunca ostenta presumida
En el vergel sus primores,

—Al mismo soplo ¡ay de mí!
Dijo la flor temblorosa,
Que abrió mi cáliz aquí,
De otra flor hermosa ví
Desplegar la faz hermosa.

Poco á mi tallo enlazada
Gustó de esta paz sumisa,
Y dejóme abandonada
Por esa region soñada
Donde miente afan la brisa.

Quiero crecer, dijo, hermana,
No oyendo el consejo mio;
Quiero despuntar lozana
Y que mi frente de grana
Se corone de rocío.

Quiero que, como á otras flores,
Cercándome en dulce coro,
Me susurren sus amores,
Al batir sus alas de oro,
Mil insectos voladores.

Que al volver el sol al cielo,
Dudoso el último rayo,
Tiemble con inquieto anhelo,
Resbalando en su desmayo
Por mi rojo terciopelo.

Pero ¡ay! que fuera locura
Soñar tan risueña suerte,
Y mi hermana sin ventura,
Solo allí encontró la muerte
Y en el fango sepultura.

Pues en fiera sacudida
Del viento al soplo sañado
¿Qué hiciera mi flor querida
Teniendo solo en su vida
La inocencia por escudo?

¿Qué, sino morir llorando
De vergüenza y de dolor,
Si hasta un Silfo engañador
Hayó, su aroma robando,
Después de fingirla amor?

Piensa tu (y rompió á llorar
La tierna y pura violeta)
Si podré nunca envidiar
Lo que solo en tu cantar
Se finge dulce, poeta.

—Tu modestia me enamora
Y dices, viola, verdad
Que en el mundo siempre llora
Quien del mundo falso adora
La engañosa vanidad.

Queda con Dios, y no llores.
Voy, pensando en los placeres,
Esta historia de dolores
Á contar á las mugeres,
Parecidas á las flores.

Francisco Morán Lopez.

LA PENDIENTE DEL ABISMO.

CONTINUACION.

Habían pasado alguno días.

Estéban, por una de esas coincidencias tan comunes en la vida, permanecía fuera de su casa en cumplimiento de sus deberes militares.

Mercedes, encerrada en su prision, ignoraba la muerte de su esposo, y seguía bajo el poder de la ley cuyos trámites no era posible suspender.

Una vez, y en la exaltación del primer momento, presentada la denuncia por el señor de

Castro, y entregados en poder de la justicia los documentos necesarios, el curso de aquella causa seguía adelante, sin que fuese posible detener sus efectos, ni evitar sus consecuencias.

La infeliz mujer sufría, pues, en silencio, y soportaba los pesares y la vergüenza de aquella acusación que debía caer sobre la frente de su hijo.

Cuanto mas dolor, cuanto mas humillación veía en aquel proceso, tanto mas lejos estaba de pronunciar el nombre de Julio, pues calculaba por su propia amargura, las que él iba á sufrir, y se sentía con valor para callar, por evitar á su hijo un eterno sonrojo, una eterna infamia.

—Él empieza la carrera de la vida, se había dicho: yo agoviada de infortunios y angustias, llego casi á su término! mi sufrimiento será mas corto, y, quien sabe si él, aleccionado por este ejemplo, tornará á la senda del bien, se redimirá á sí propio por medio de la honradez y del trabajo, y será el apoyo de su padre, será el amparo de Luisa, por quienes yo nada podría hacer!

Y resuelta á llevar á cabo su sacrificio, repetía la misma declaración cuantas veces la preguntaban.

Recta y noble y leal y sincera, no había negado ni por un solo instante la existencia de aquel depósito, y sublime de amor y abnegación, procuraba desviar las sospechas que podían recaer sobre Julio, asegurando que él no vivía con ellos, y que hacía mucho tiempo faltaba ya de su casa,

En cuanto á Luisa y D. Diego, la muerte y la enfermedad les ponía á cubierto de todo cargo, y Mercedes nada había tenido que hacer para escluirlos de la causa.

Marta, cada día mas arrepentida de aquel paso, que el excesivo celo había impulsado á dar á Castro, agotaba todos los medios para remediar el mal, y llena de afán, de solicitud y empeño, parecía querer remediar en Luisa, todo el daño que involuntariamente había hecho á su familia.

Aquel amor, aquel cuidado, aquel desvelo, fueron quizá los que arrancaron á la pobre niña del borde del sepulcro, y la hicieron volver á la vida, como la pobre flor de la montaña vuelve á elevar su tallo y despliega tímidamente sus hojas después de pasado el furor de la tempestad.

Á los ocho días de su permanencia en casa de Marta, el doctor Avilés anunciaba que se hallaba fuera de peligro, y en el principio de una convalecencia que sería fácil y rápida merced á la juventud de la pobre enferma.

Al escuchar estas palabras, Marta dió gracias al cielo. Siquiera una de las víctimas de aquella desgracia podía salvarse, podía vivir!

Sentada á la cabecera de aquel blanco lecho, velaba el ligero sueño de la niña, que reclinaba su cabeza en las almohadas, menos blancas sin duda que su pálido rostro.

Luisa dormía con las pequeñas manos cruzadas sobre el pecho. Quizá rezaba en el momento en que sus ojos se cerraron al sueño, pues dos lágrimas, claras y transparentes como su alma, habían quedado suspendidas sobre sus pestañas, cual una líquida perla sobre el entreabierto seno de una concha de nácar.

La expresion de aquel semblante bello y dolorido, hacía recordar á esos ángeles celestiales que lloran al pié de la cruz, junto á la triste y bendita madre del Salvador.

Enrique apareció en la puerta de la estancia y dirigió una mirada interrogadora á su madre.

Esta le hizo una seña, y el joven adelantó en silencio algunos pasos, viniendo á sentarse junto á ella.

—¿Es cierto, murmuró á media voz, es cierto lo que Avilés me acaba de decir? es cierto que vivirá, que han pasado ya las horas de peligro? es verdad todo esto, madre mía?

El joven había pronunciado estas palabras con un acento que sorprendió á Marta, pues encontró en él algo que revelaba un sentimiento mas dulce, mas tierno, mas conmovedor que otras veces.

¿Era la compasión? ¿era la simpatía? ¿era la admiracion que tanta inocencia, tanta belleza y tanta desgracia despertaban en su alma?

Quién lo sabe? quién puede adivinarlo? pero es lo cierto que Enrique, en presencia de Luisa sentía latir su corazón de un modo extraño y desusado, y que la noticia que le había dado el doctor llenaba su alma de un placer inmenso y puro, como quizá nunca le había sentido hasta entonces.

Marta, sin comprender enteramente la causa de aquel afán, le respondió participando de su alegría.

—Sí, hijo mío, verdad es. Luisa se encuentra ya libre del peligro que nos hacía temblar por su existencia, y yo bendigo á Dios que me permite velar por esta pobre niña, único consuelo y única esperanza de su pobre madre, ya que el infeliz anciano á quien debía la vida...

—Sí, madre, sí, ya recuerdo aquella escena, murmuró el joven mas bajo aun por el temor de que aquellas frases llegasen á oídos de Luisa.

Después y como respondiendo á un secreto pensamiento en que se mezclaba algo de incomprendible goce exclamó con recatada voz.

—Con que es decir que Luisa no tiene en el mundo mas amparo que el nuestro, ¿es verdad?

con que es decir que permanecerá á nuestro lado siempre, á no ser que mi padre...?

—Tu padre, es el mejor y el mas bondadoso de los hombres, pero debe ignorar siempre las causas que me obligaron á amparar á esa niña, por que, tú lo sabes, están ligadas con recientes sucesos que nos es preciso callarle.

Enrique inclinó la frente, y su espresivo semblante se cubrió con una nube de disgusto. El recuerdo de lo pasado hería vivamente su corazón, avergonzándole de sí mismo.

Marta también sintió en su alma un vago terror, el terror que siempre la asaltaba al pensar en la vuelta de Esteban y en las consecuencias que iba á atraer sobre ella el mal paso de su hijo.

Por un sentimiento involuntario cubrió su frente entre las manos, y elevó al cielo una oracion por que retardase mucho tiempo aun, la vuelta de aquel esposo, que era sin embargo parte de su felicidad sobre la tierra.

En aquel instante Luisa hizo un leve movimiento, y sus hermosos ojos se abrieron lánguidamente, dirigiendo en torno una mirada, primero vaga y perdida, dulce y tímida después.

Y apesar de su densa palidez, apesar de que la enfermedad había robado á sus mejillas las rosas de la salud, un leve tinte encarnado animó sus facciones, y sus labios temblaron ligeramente, por que sus ojos se encontraron con los de Enrique fijos en ella con anhelo.

Al ver á aquellos dos seres sentados allí, á su lado, velando su reposo y contemplándola con cariño, un mundo de dulces emociones inundó su alma, y murmuró con suave acento, pero con una espresion indecible.

—¡Gracias!

Marta se levantó, separó los rubios cabellos que medio cubrían su frente, y estampó en ella sus labios, con todo el amor, con que una madre lo hubiera hecho.

En cuanto á Enrique, apoyó una mano sobre el corazón, é iba á pronunciar una palabra, pero aquella palabra espiró en sus labios antes de haberse modelado, y solo pagó con una sonrisa de amor la sonrisa de gratitud que Luisa le dirigía.

En aquel instante un ruido inesperado llamó la atención de los tres. Era la alegre voz de Juan Manuel que gritaba desde la escalera.

—Señora, señorito Enrique, mi amo viene, mi amo está de vuelta.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilches.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

—Infeliz! murmuró la anciana señora, mientras que Julieta y Ana se enjugaban una lágrima mirando con pena á Andrea.

—La madre de Javier enfermó tambien, y tuvieron que llevarla al hospital, continuó Mariana con voz conmovida; al hospital! V. E. no sabe, señora, cuan triste es ver á una persona querida salir de la casa para no volverla á ver entrar! y saber que está enferma y no poder estar á su lado, y pensar que nos llama, y no poder acudir á su voz! oír decir que se muere y no poder recoger su ultimo suspiro, no poder fijar en ella los ojos una vez mas, ¡ay! el que muere en un Hospital, muere dos veces para los suyos!

Hubo algunos instantes de silencio, todos estaban afectados con aquel relato.

Despues, Mariana prosiguió.

—Solas mi Andrea y yo, y sin mas amparo que Dios, pasamos muchas hambres, muchos frios, muchas miserias! un dia mi pobre niña me vió llorando, no habíamos comido en muchas horas. Andrea salió á la calle, y derramando lágrimas tambien, corrió de puerta en puerta murmurando:

—Una limosna por Dios para mi madre que se muere de hambre!

Algunos vecinos se apiadaron de ella, y la pobre niña me trajo pan.

Desde entonces hemos vivido de la limosna. Salimos de nuestro pueblo, nos vinimos aquí y no nos morimos de hambre, por que Dios á puesto en el corazon de las Criaturas el sentimiento de la caridad, como el amparo postrero del pobre. Esta es mi historia, señora. ¡Y luego quiere V. E. que yo perdone á los usureros, que pida por ellos... Oh! esto es imposible y superior á los esfuerzos de una pobre mujer tan desgraciada como yo!

Hubo algunos instantes de silencio, al cabo de los cuales, murmuró la Marquesa,

—Y sin embargo, hija mia, ese es nuestro deber. Si Dios, que nos ha dado la vida, que nos ha redimido con el precio de su sangre y á quien ofendemos mil veces á cada paso, no nos perdonara, no olvidara nuestro pecado, ¿que seria de nosotros? que suerte nos cabría en la eternidad? Recuerde V., Mariana, recuerde V. las palabras que su labio repite cada dia en la oracion dominical. Piénselo V. bien! en ellas dice: «Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.» Entienda bien estas frases; con ellas pide V. ser juzgada como V. juzga, perdonada como usted perdona, luego si no cree posible olvidar ni rogar por sus enemigos, pide su condenacion, pide su castigo. Además, repare V. que Dios no llama á las ofensas culpas, las llama «deudas», y ¿sabe V. por qué, hija mia? por que la deuda significa una falta que puede repararse, una obligacion que siempre podemos cumplir; una cosa que si al fin fué satisfecha y

queda remediada, sin dejar en pos ni resentimiento ni rastro alguno, y si solo el aprecio en el alma del acreedor á quien se paga, y la gratitud en el corazon del deudor que ya ha satisfecho.

—Dice V. E. bien, señora; pero nosotros no somos dioses, y nuestras fuerzas....

—¡Es verdad! La ofensa hecha á un Dios por una miserable criatura es tan grande, que no admite comparacion con la que podemos recibir unos de otros, que nada nos debemos, que nada significamos en este mundo.

—Ah! sí!

—Vea V. tambien hija mia, que á Él, que todo lo puede, que lo tiene todo en su mano, nada le ofrecen por perdonar, lo hace por un acto espontáneo de su magnánima voluntad, y que á nosotros, Mariana, á nosotros se nos impone como un precepto, y se nos promete un cielo en cambio de hacerlo así.

—Oh! señora!

—Además, hija mia, ¡es tan amargo el sentimiento, del odio, lástima ó inquieta tanto el corazon, que no puede vivir dichosa ni en paz consigo misma el alma que lo experimenta.

—Perdonaré señora.... perdono en este instante, y ruego á Dios que ilumine y ampare el alma del que causó nuestra desgracia! murmuró Mariana dominada por las razones de la Marquesa.

Esta dejó su asiento; se acercó á la pobre mendiga y estrechando cariñosamente su mano.

—Gracias! amiga mia; yo la doy gracias en nombre de Dios, y apoyada en sus santas promesas la ofrezco que no quedará sin premio esa accion.

Ahora continuemos hablando del precepto «no hurtar», el cual hemos tratado en una sola de sus partes.

—No sé, señora, que nos irá á decir V. E. ya; porque á la verdad, al empezar á hablar de este mandamiento, creíamos que nada tenia que ver con nosotros, dijo Julian, y segun voy viendo....

La anciana sonrió con bondad y luego continuó.

—Oh! es que nos obliga Dios por él á muchas cosas en que no pensamos, por ejemplo, ¿Qué hace V. Julian, cuando llega á sus manos una moneda falsa?

—Toma! respondió el mayordomo muy satisfecho, lo que es natural: veo si puedo pasarla, y engañar á otro como he sido engañado yo.

—Y eso lo cree V. bien hecho?

—Oh! si señora: nada mas justo, V. E. misma lo comprenderá.

—Pues está V. en un error, y comete V. un robo cada vez que ejecuta esa accion.

—Es posible! pues no me la dan á mí? ¿es equitativo que yo la pierda?

—Dueño es V. y obligacion tiene de poner cuidado para evitarlo, en su mano está el mirar el dinero: pero una vez en su poder, y si tomó alguno falso por culpa de su negligencia ó su descuido, V. es el responsable del engaño que comete entregándolo á un infeliz, que acaso le espera para acallar el hambre de un niño inocente, para comprar la medicina que ha de devolver la salud á un padre anciano, para cumplir acaso una palabra empeñada! Oh! ¡quién sabe, quién sabe las consecuencias que aquella accion puede traer.

(Continuara.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.